

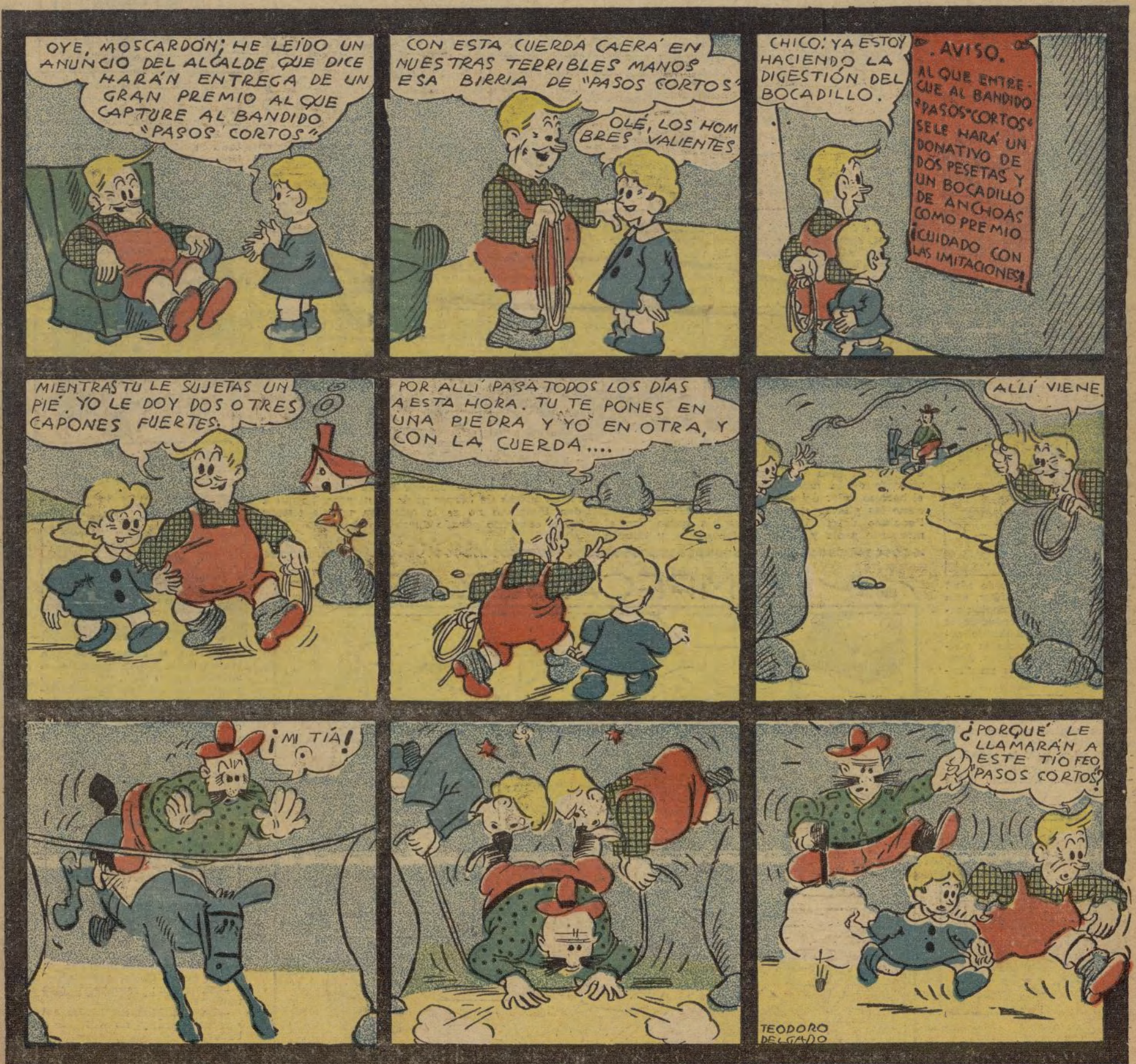


AÑO VI.—NUM. 269

REVISTA SEMANAL PARA NIÑOS (Sale los jueves)

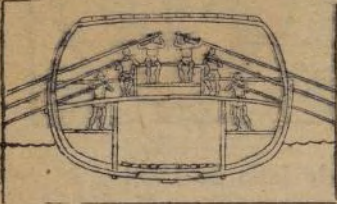
Madrid, 5 de julio de 1934

GRACIOSÍSIMAS AVENTURAS DE MOSQUITO Y MOSCARDÓN



PASATIEMPOS

Habréis oído hablar muchas veces de unas embarcaciones romanas y griegas que se llamaban "trirremes"; no porque tuvieran tres remos, como pudiera parecer a primera vista, sino porque tenía tres hileras superpuestas o pisos de remos. Los de abajo eran más cortos, los de en medio algo más largos, y los superiores más largos aún. Para que no



entrechocasen y se estorbasen, los remeros adoptaban la disposición que se ve en el grabado, que representa el corte transversal de una "trirreme". Con esta disposición se lograban velocidades increíbles. Consta por documentos auténticos que el corsario Teopompo, enviado por Lisandro al puerto de Epidaurio en Laconia, para anunciar la victoria alcanzada por los griegos en el combate de Aegospotamos, recorrió en tres días los setecientos kilómetros que separan los dos puntos citados.



—Cierra la puerta, hermoso. ¿No ves que entra aire?
—¿Y cómo va a salir el que hay dentro si la cierro?

—¿Qué barbaridad, señores! ¿Qué barbaridad! Pero qué archisuperferoliquiflauticamente bien dibuja esta Carolina Meca



Valdés; de ocho añitos de edad y gata castiza como Félix, sólo que éste es gato. La emoción artística que nos ha producido la contemplación de su dibujo sólo ha podido superarla la visita del casero con el recibo. Amigueta Carolinita: eres un "hacha" dibujando.

—¿Mozo!... ¿Cuánto vale la comida?

—Pues cuatro pesetas, señorito.

—Está bien... ¿Y la cena?

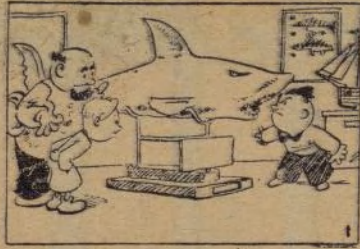
—La mitad... Dos pesetas.

—¿Hombre!... Entonces dame de cenar.



—¿Qué va a ser?
—Una ampliación.

DON PONCIANO Y SUS SOBRINOS



Don Ponciano, amante del progreso y de la horchata helada, llevó cierto día a sus sobrinos al Museo de Historia Natural, para que conociesen a los grandes monstruos del océano, y sobre todo, al terrible tiburón, que fué el que les causó más efecto; pues, descontando al sereno de su calle,



ñor prohibió a sus sobrinos que saliesen. En vista de ello, los sobrinos se subieron a un desván y se pasaron la tarde fabricando un espantable tiburón, pues aun recordaban el que habían visto en el Museo. Al día siguiente salieron a la playa, y el pequeño se disfrazó de tiburón con el arte-

era uno de los monstruos más terribles que habían conocido. Como el calor apretaba más que un cinturón de goma, don Ponciano y sus sobrinos se trasladaron a una playa de recreo para pasar el verano. A los dos días de estancia allí se desencadenó una gran tormenta. — ¡buen se-



la vista del tiburón y el espanto cundió entre los bañistas. Entonces, el otro sobrino tuvo un arranque, que ni una avioneta de vuelo rápido, y dijo que él lucharía con el monstruo. Y, efectivamente, antes de que pudieran detenerle, el chava se había arrojado al mar y nadaba en di-

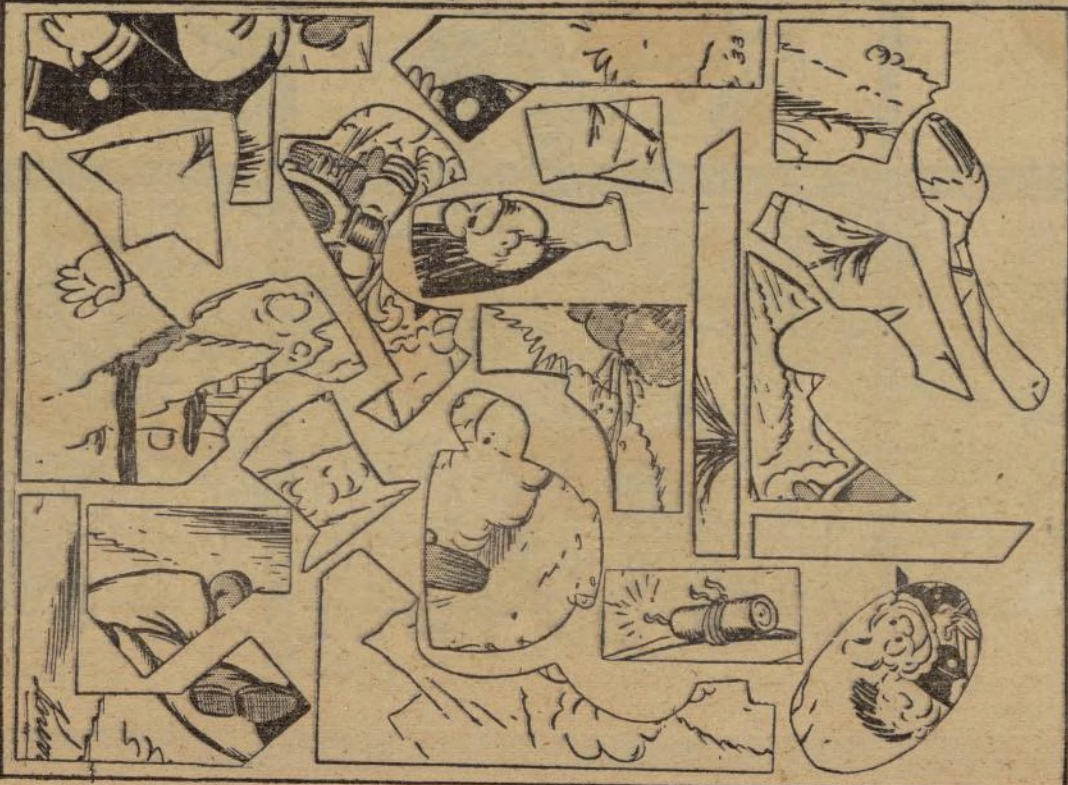
recto que habían construido. Don Ponciano se bañaba más tranquilo que una tarde de otoño, cuando su sobrinito le avisó de que se les venía encima un monstruo feroz. Don Ponciano le dió velocidad a la playa, y allí comunicó a un vigilante lo que había visto. Este quedó aterrado a



el chaval había triunfado de su "enemigo", y se dirigía con él a la playa, entre los vítores clamorosos de la muchedumbre entusiasmada ante el heroico valor del sobrino de don Ponciano. Pero como las glorias eternas son harto efímeras, don Ponciano descubrió poco después quién era el monstruo azote y terror de las aguas, y tiburón

y héroe fueron castigados a estarse cuatro horas de cara a la pared y mirando al cielo, para que no se les volviera a ocurrir en su vida el querer sentar plazas de héroes ni de monstruos. Lo que a don Ponciano no se le quitó en mucho tiempo fué el canguelo pasado durante el baño.

ROMPECABEZAS

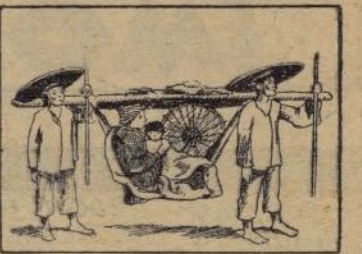


AMENIDADES

Juanito Balazote, un simpático almeriense de 12 años, nos asegura que ha dibujado a Nogués, en el momento en que a la mitad del balón le daba el sol y a la otra mitad la sombra. Nosotros lo creemos porque lo



dice Juanito; pero don Severo, que es un desconfiado, dice que el de la parada es Cristóbal Colón abrazando al mundo.



Ved aquí un antiguo sistema japonés de "taxis". Comodidad, suspensión perfecta y ventilación inmejorable. Los varaes de bambú sobre que está montada la litera, le dan una elasticidad admirable, comparable a la de las mejores ballestas. Tiene su toldo para resguardar al viajero del sol y de la lluvia. Este sistema de palanquín se llama "kangho".



—Dime, mamá: ¿Y de qué se priva ese camino?



Allá va el feroz bandido a través de la noche montado en su jaco veloz. ¡Allá va! Dejadle paso, porque a éste no lo detienen guardias de la porra. Y enhorabuena a Fernandito Forcada, que nos remite esta maravilla pictórica de la que es autor.



—Creo que esta mañana se ahogó el tío Colás, ¿es cierto?
—Sí, señor; se ahogó esta mañana.
—Le está bien empleado; así escarmentará y no volverá a bañarse.

LA VENGANZA



En el castillo de don Diego Alcor-Nocke, el alabardero hacía su guardia diurna; Menegilda, la linda damita, sacaba



en aquel momento un ramo de flores a la ventana, y el bizarro centinela, impávido e impeterrito, segó las rosas con la misma



facilidad que se bebería una horchata. Al dar la vuelta, el bizarro centinela dedicó a Menegilda su mejor sonrisa, ignoran-



te de la tragedia que acababa de desarrollar, y la damita pagó al bizarro centinela en la forma húmeda que podéis ver.

VERDADES Y MENTIRAS

El centinela constante
Un destacamento de tropas de Davoust, general de Napoleón, ocupaba la isla de Rügen, en el mar Báltico, e inopinadamente recibió la orden de abandonarla al punto. Las tropas se embarcaron con tal apresuramiento,



to, que uno de los centinelas quedó olvidado en la isla.

El soldado continuó paseándose en su puesto durante dos o tres horas, hasta que habiendo perdido la paciencia, volvió al alojamiento de la tropa y lo encontró vacío. Comenzó a preguntar a unos y a otros, y cuando se enteró de la verdad de lo sucedido, estuvo a punto de desesperarse.

Sus lamentos conmovieron a un honrado artesano, que lo cogió en su casa, lo consoló, y pocos meses después le daba a su propia hija por esposa.

Cinco años más tarde, en el horizonte apareció un barco de vela. Los habitantes de la isla corrieron a la playa y reconocieron a bordo los uniformes del ejército napoleónico.

—¡Estoy perdido!—pensó el infeliz soldado. Pero una idea repentina le infundió ánimo. Co-

rrió a su casa, se puso el uniforme, empuñó el fusil, volvió a la playa y se puso a hacer de centinela.

—¿Quién vive?—gritó con voz tonante.

—¿Quién va ahí en la playa?—le respondieron—. ¿Quién sois vos?

—¡El centinela!

—¿Cuánto tiempo llevas en el puesto?

—¡Cinco años!

El general Davoust celebró jovialmente el ingenio del soldado, y concedió a tan constante centinela el descanso que sin duda necesitaba.

Basta conocer el alfabeto

Al célebre astrónomo inglés, tudiado y adquirido su ciencia por sí solo, sin ayuda de ningún maestro, se preguntaron cómo había podido llegar a adquirir tal grado de sabiduría



sin asistir a las aulas de ningún centro docente. Y él respondió:

—Basta conocer las letras del alfabeto para aprender todo lo

que hay que saber en este mundo.

Lo que hace la educación

El célebre legislador espartano Licurgo, tuvo en cierta ocasión, dos cachorros de una misma raza, y los crió con mé-



todos totalmente opuestos: a uno de ellos con toda clase de cuidados y mimos, y al otro con absoluto rigor, acostumbrándolo a las fatigas de la caza.

Cuando los perros fueron ya grandes, los llevó un día a la plaza pública, y a un mismo tiempo presentó ante ellos un cuenco de sustanciosa comida, y soltó una liebre viva.

El perro que se había criado con mimos y regalos, se lanzó sobre la comida, mientras el otro se puso a perseguir a la liebre, y habiéndola alcanzado, la trajo a los pies de su amo.

Todos los presentes aplaudieron al valiente animal. Y Licurgo, dirigiéndose al público, les dijo: "Estos dos perros son de una misma raza. Vosotros habéis podido ver qué distintos resultados da una educación diferente."

EL INTRANSIGENTE



Don Santiago condenaba a los que se dejaban ser víctimas de cualquier accidente: "Hace falta ser cien por cien idiota pa-



ra dejarse atropellar por un tranvía. Es que, francamente, no sé cómo pueden ocurrir estos estúpidos accidentes que todos



los días leemos en los periódicos. Pero, claro, si que me lo explico—proseguía—, son tontos, van pensando en las musa-



rañas, no ven por dónde van, no saben dónde pisan, no se fijan dónde ponen el pie, y... ¡zas! ¡Pun! ¡Claro, hombre, claro!

UN FOTÓGRAFO EN LA SELVA



El valiente explorador se disponía a retratar al Panchito. "Estate quieto, Panchito, que voy a hacerte, es con mucha exposición". Panchito, que

presumía más que un tabique recién blanqueado, se dispuso a ser retratado. Pero así que vio el huésped de honor que acababa de presentarse, salió como alma que lleva el diablo, ante



la indignación del fotógrafo. Está visto que no puede uno hacer una "foto" con exposición". ¿Y verdad que se iba a dar pronto cuenta de que si que era con muchísima exposición?

que llevan un barril los mozos de la cerveza en Inglaterra. Pero lo que más me pasaba era aquel ruido continuo, y el movimiento del minuterio que seguía con la vista sin la menor molestia, pues aquellos naturales la tienen mucho más perspicaz que nosotros. Consulté largamente a sus doctores, y cada uno le daba distinta opinión, como puede imaginarse el lector.

Sucesivamente fui entregando las monedas de plata y cobre, el bolsillo del oro con nueve piezas de las mayores que tenemos, y algunas otras pequeñas, el peine, la caja de plata, el pañuelo y el libro de memorias o diario. El sable, pistolas, pólvora y balas fué todo al arsenal de S. M., pero los demás efectos quedaron en mi alojamiento. Y a pesar de la diligencia de los comisarios, pude reservar en otra faltriquera secreta que no me encontraron, un par de anteojos, un telescopio y otras bagatelas para



mi muy necesarias si llegaba a verme algún día en libertad.

Fin del capítulo II

LOS MARAVILLOSOS VIAJES DE GULLIVER

CAPITULO SEGUNDO

(Conclusión)

Juzgamos que esto no podía ser más que algún animal desconocido, o la deidad que él adora; pero nos inclinamos más a esto último, porque nos aseguró (si es que pudimos entenderle, pues se explica muy imperfectamente), que rara vez hacia alguna cosa sin consultarle primero: llamábase su oráculo y decía que le señalaba el tiempo para cada acción de su vida. Del "secreto" colateral sacó una red capaz de poder servir a un pescador, con sola la diferencia de que se abría y



se cerraba; dentro de ella encontramos diferentes piezas macizas de un metal amarillo, que si son de verdadero oro, su valor será inestimable.

"Después de registradas sus faltriqueras con toda escrupulosidad, en cumplimiento de las órdenes de V. M., recono-

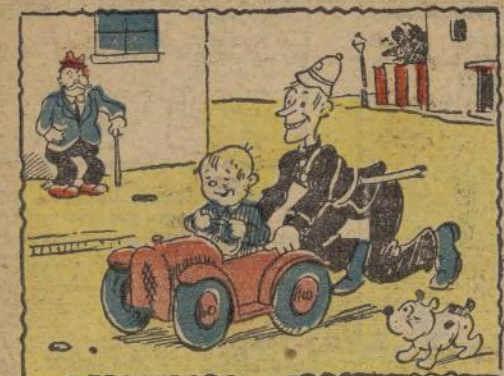
cimos también una faja que tenía alrededor de su cuerpo, la cual parece de la piel de algún animal exquisito, y pendía de ella al lado izquierdo una espada del largo de seis hombres. Al lado derecho tenía una bolsa o faltriquera con dos senos, capaz cada uno de encerrar en sí tres robustos vasallos de V. M. En uno de ellos había muchos globos o bolas de un metal muy pesado, casi tan gordas como nuestra cabeza, de suerte que para levantarlas es menester mucha fuerza.

"Esto es cuanto resulta de la visita que nosotros los comisarios hemos hecho del dicho "hombre Montaña", e inventario practicado en su consecuencia, habiéndonos recibido con toda la urbanidad y respeto correspondiente a la comisión de V. M. Firmado y sellado el cuarto día de la Luna ochenta y nueve del muy feliz reinado de V. M.

"Flessen Frelok. Marsi Frelok"

Leído que fué este inventario en presencia del Emperador, me mandó con mucha cortesanía que le entregase todos estos efectos uno por uno. Lo primero que me pidió fué la espada. A prevención había dado orden para que a distancia proporcionada guarneciesen su puesto tres mil hombres escogidos entre sus guardias, armados de arco y flechas; mas no lo había yo advertido

CASCARILLA ES UNA ARDILLA



Cascarilla había encontrado un empleo de agente de la circulación, y, bueno como siempre, ayudaba a los



transeúntes que lo necesitaban, como en esta ocasión a este niño, que sudaba mermelada para hacer andar su



cochecito. Un jardinero había pasado por medio de la calzada, y Cascarilla dijo al niño: "Guía bien y pásale ro-



zando." Y, efectivamente, pasó, dejando al guardia como para que viniese el carro de la basura a recogerle.

HAZAÑAS AL ALIMÓN DE TARUGO Y PERDIGÓN



Terre-Moto, convencido de que a Pérez Oso y su criado no se le jugaban los pilluelos, estaba encantado con sus nuevos amigos, y mientras Tizón se quedaba jugando con los hermanitos, él se marchó a pescar en compañía del mago y adivino.



El oso se hizo más amigo de los pilluelos que si hubieran ido juntos a cazar nidos, y los pillastres le llevaron junto al campamento de Tizón, donde el negrazo dormía mientras se freía el almuerzo de su amo el mago Pérez Oso.



Y cuando, avisados por el ¡cua, cua! incesante del pato centinela, regresaron Terre-Moto y Pérez Oso, adivino y mago, vieron al negrazo, a quien habían dejado los pilluelos en una posición muy adecuada para jugar al fútbol.



Tarugo y Perdigon se vieron al fin libres del negrazo, al que tenían una rabia como para hacerlelo fatina, y, bien vapuleados, regresaban a su casa, cuando vieron a un terrible oso que había caído prisionero en un cepo de hierro.



Como los hermanitos se figuraban que a Ballenato—que así habían bautizado al oso—le gustaba el besugo frito, decidieron quitárselo a Tizón; pero el pato centinela del mago comenzó a hacer ¡cua, cua!, y despertó al negrazo.



Temerosos de lo que pudiera sobrevenirles, cabalgaron en Ballenato y se dirigieron a la montaña, donde pensaban pasar la noche para evitar represalias, pues sabían que si les cazaban iba a ser aquello peor que el Italia-España en Roma.



"Sacadme de aquí y seréis mis amigos", parecía decir el oso. Tarugo y Perdigon, que a pesar de todo tenían el corazón más tierno que un merengue, consiguieron, después de muchos esfuerzos, libertar a la fiera de su prisión.



Dos minutos, veinticinco segundos y tres quintos de segundo después, Tizón comenzaba a tocar diana en los futuros perfectos de los pilluelos, mientras éstos abrían una boca que parecía el túnel de una estación del "metro".



Pérez Oso y compinches, sedientos de venganza, montaron en el monogiro del mago y adivino, y se dedicaron a recorrer los campos con la sana intención de encontrar a los pilluelos, cazarles y darles más que a una estera vieja



Así que el oso se vió libre, comenzó a bailar un pericón de gusto, y luego, estrechando en sus brazos a sus salvadores, comenzó a darles chupetones como si fueran un piruli. "Estáte quieto, hermoso, que nos vas a desgastar", le decían.

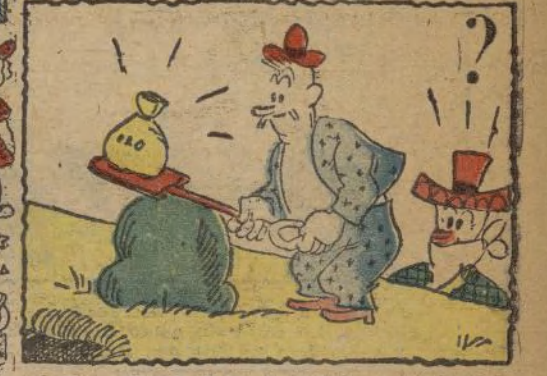


Pero el negro no había contado con la huésped. Y la huésped era Ballenato, que, así que vió a sus amigos sopapeados, se abalanzó sobre Tizón y le agarró entre sus brazos, haciéndole chirriar las costillas igual que una carraca.



Y cuando los pilluelos reposaban tranquilos en un nido de águila viuda, Tizón, que les había visto, les cazaba por un sencillo procedimiento y se los llevaba igual que a dos mariposas. ¡Pobres de ellos!

REPOLLO CARA DE BOLLO



Repollo había decidido meterse a bandolero, y atisbaba al minero Gurumino, que había descubierto una



mina de sacos de oro. En le momento en que el minero sacaba su primer saco apareció Repollo y le metió un



pistolón naranjero por la barriga. El minero hizo un movimiento brusco con la pala, y el saco vino a estrellar-



se en el "torrao" de Repollo, que decidió dejar de ser bandido feroz y meterse a vendedor de corbatas.

Risa para la semana con "Laura" la charlatana



Recordaréis que Laura estaba en casa de unos vecinos, a quienes se la había prestado don Fielato, y que la cotorra, al repetir todos los in-



sultos que éstos dirigieron a don Fielato, había hecho que los vecinos se quedaran con ella, y ahora estaban desesperados.



—En qué hora se nos ocurriría hacernos cargo de esta maldita cotorra—gemía consternado el pobre vecino—. De buena gana la asesinaría.

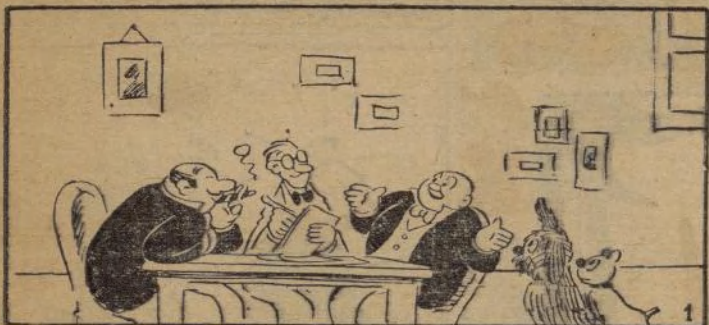


En esto vieron venir a la señora de don Fielato, que indudablemente debía de venir en busca de su cotorra para llevársela a casita.



Y para que no oyera la señora los insultos, se armó en la casa un cisco ruidoso de mil pares de diablos, mientras la vecina suplicaba a doña Fielata que les dejara la cotorra, pues estaban encantados con ella. Y como esto es lo que deseaban Fielato y señora, la cotorra se quedó.

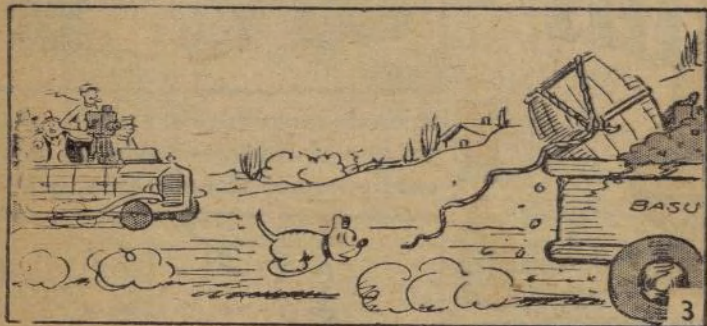
DON SIMPLÓN Y DINAMITA



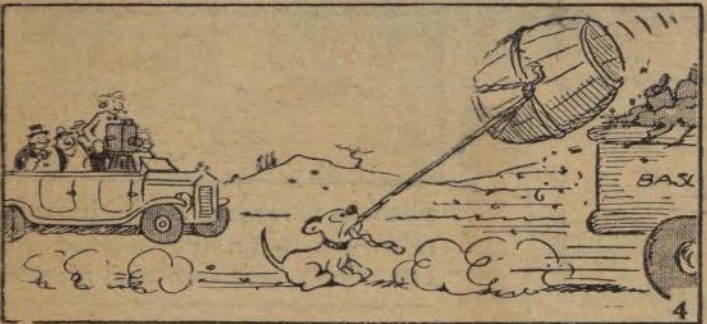
Don Simplón proseguía narrando las aventuras de "Feote": "Certo día, no sabiendo cómo deshacerme de él, lo metí en un baul y se lo di a un traperero, encargándole que lo tirase al río".



Inmediatamente comenzaron a filmar aquella emocionante escena de la venta de "Feote" al miserable traperero, que había de encargarse de asesinar al bueno e inocente chucho.



Pero "Dinamita", que no estaba al tanto de la escena peluculesca, salió tras del camión en que se llevaban a su querido camarada, dispuesto a salvarle o a morir con él.



Ante el entusiasmo del director cinematográfico, encantado de la gran película que estaba realizando "Dinamita" como un consumado actor, reprodujo el momento de la liberación.



Nuevamente "Feote" fué puesto en libertad por "Dinamita", mientras aumentaba el entusiasmo del director, que aseguraba que aquellos perritos tenían más talento que Douglas Fairbanks.



Y finalmente, y con gran desagrado de don Simplón, que era el que siempre pagaba el pato, se reprodujo el instante de la vuelta a casa, de "Feote", con los consiguientes chupetones cariñosos.

LOS NAUFRAGOS DEL "AIRÓN"

CAPITULO LIX

El viejo contó su historia. Las muchachas eran hijas suyas, y el joven era el marido de la más jovencita. Se habían embarcado en un junco chino con rumbo para las Molucas, con objeto de visitar una posesión que su futuro yerno tenía en Ternate, pues era moluqués.



Un violento huracán los acometió, y el junco se vió empujado hacia el oeste, a pesar de los desesperados esfuerzos de la tripulación, compuesta de quince hombres.

Apenas habían chocado en las peñas, y sin hacer caso de los consejos del capitán chino, se arrojaron al agua y las olas los lanzaron sobre los escollos. Poco después la nave, abierta el casco por las puntas coralíferas, desapareció con cuantos la tripulaban. Albani le preguntó entonces si sabía el nombre de la isla



en que estaban, y el viejo le dijo que lo ignoraba y que el capitán del junco, cuando hacían las señales, le habían dicho que también lo desconocía. Era, pues, una isla desconocida y fuera de la ruta corriente de los barcos.

El anciano y su hijo se maravillaron luego al saber que los Robinsones poseían una tan bella cabaña y aves y animales, una chalupa y las comodidades que se habían procurado gracias al trabajo y a la perseverancia. Albani entonces volvió a reiterar a los naufragos su ofrecimiento de que contaran con ellos como hermanos y amigos, y el viejo, emocionado, repuso así: "Señor, nos habéis salvado la existencia; así pues, disponed de mí y de los míos y sere-

mos vuestros esclavos". "Jamás—repuso Albani—; en la tierra de los Robinsones españoles no ha de haber criados ni esclavos. Seréis nuestros compañeros, nuestros hermanos, pues también sois naufragos como nosotros. ¿Estamos de acuerdo, compañeros?" "¡Sí! — contestaron Enrique, Marino y Picolo—. Todos somos hermanos; pero usted, señor Albani, a quien todo se lo debemos, será nuestro jefe y le reconocemos como gobernador de la isla". "No, amigos—repuso el valiente marino—. "Sí, sí,"—clamaron todos. "Bueno, pues entonces procuraré hacerme digno de vuestra confianza. Seamos animosos, estemos siempre dispuestos al trabajo y pronto haremos florecer aquí una verdadera colonia cristiana". "¡Viva el señor Albani!"—gritó Enrique. "¡Viva!"—contestaron todos.



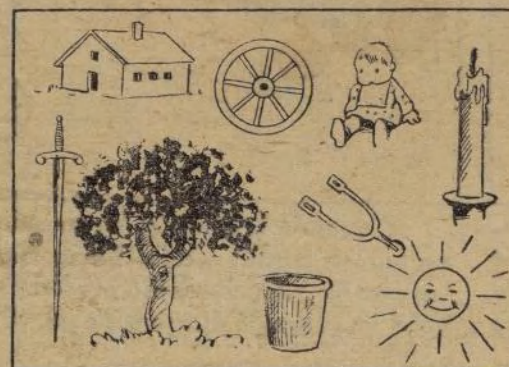
Acto seguido, los Robinsones salieron a recorrer por última vez la escollera para ver si había algún naufrago más; pero fué inútil. El mar se lo había tragado todo. Como la chalupa no podía con todos ellos, se encargó a Marino que guiase a los naufragos hacia la costa septentrional, mientras que Albani, Enrique y Picolo volvían por mar. Dieron la cerbatana del muchacho a Marino por si les atacaba alguna bestia feroz. Poco tiempo después el maltés



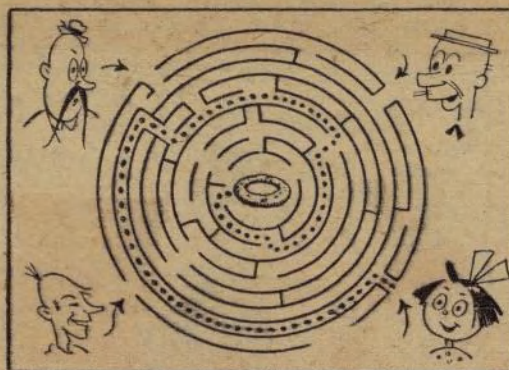
y los naufragos del junco se habían puesto en camino, mientras los Robinsones levaban el ancla rumbo a su isla.

Fin del capítulo LIX

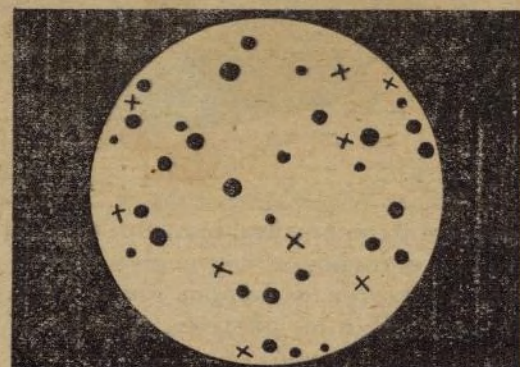
PASATIEMPOS



Escribid los nombres de todos estos objetos dibujados. Tomad luego las iniciales, y formad con ellas el nombre de un genio de las letras españolas.



Aunque ya lo habréis averiguado, fué Teresa la que se llevó la rosquilla, y he aquí el camino que siguió.



Hay que trazar 3 círculos; cada uno debe de cortar a los otros, de forma que resulten 10 compartimentos con 3 puntos y una estrella cada uno.



Aquí veis la gallarda figura marcial que queda quitando líneas en la maraña que dimos en el número anterior.

EL SABIO QUE SALVÓ SU VIDA



Cuentan que en el remoto y misterioso reino de Persia vivió hace muchos años un famoso y viejo sabio que se llamaba Allehib. El Sha le apreciaba en gran manera y solicitaba su consejo en los intrincados negocios de Estado.

Y sucedió que, una deliciosa noche de primavera, el viejo Allehib iba contemplando el cielo y sin darse cuenta entró en los jardines del Sha, salvando los límites que estaba prohibido atravesar bajo pena de muerte. El desgraciado sabio fué apresado, cargado de cadenas y conducido a la presencia del soberano. Fué inútil que implorase humildemente perdón; inútil que jurara haber entrado distraídamente en los jardines reales, sin ánimo de quebrantar la rígida prohibición.

—No hay que hablar de nada de eso —repetía el Sha—. Tú has sido sorprendido en los jardines de palacio y tienes que ser ahorcado. Es la ley. Nada puedo hacer en tu favor, mi buen Allehib; es la ley y yo no puedo quebrantarla.



—Está bien—dijo, por fin, el sabio, resignándose—. Pero os ruego, señor, me concedáis un plazo de tres días y tres noches para pensar cuáles han de ser mis últimas palabras.

—Te lo concedo—respondió el Sha.

—Te suplico también—prosiguió el sabio alzando los ojos al cielo—que me concedas esta otra gracia: que si mis palabras contienen verdad, habré de morir decapitado con alfanje; y si, por el contrario, encierran mentira, deberé morir ahorcado. ¿Cedéis, señor, que podéis aceptar este trato?

Y el Sha respondió benévolamente: —Lo acepto, mi buen amigo allehib; y luego juró hacer observar con fidelidad lo que había prometido.

Obtenido lo cual, el viejo Allehib se encerró por tres días y tres noches en el más profundo recogimiento.

A los tres días, fué conducido a la presencia del Sha, el cual, profundamente conmovido, le dijo: —Pobre amigo mio Allehib, ¿qué destellos de sabiduría has podido recoger en estos últimos días de tu vida? ¿Sepamos cuáles son tus últimas palabras!

Allehib movió tristemente la cabeza y respondió: —¡Infeliz de mí! Estas son mis últimas palabras: ¡qué moriré ahorcado!

Y el Sha respondió: —Es cierto, desgraciado; así se hará.

—Pero es el caso—repuso el viejo sabio irguiéndose, con los ojos encendidos en extraño fulgor y el semblante agitado—, es el caso, señor, que si se me ahorca, yo habré dicho la verdad, y, por



lo mismo, tengo derecho a morir decapitado, según lo convenido.

El Sha, después de unos momentos de perplejidad, respondió: —Es verdad. Sea como tú quieras. ¡Morirás decapitado!

—¡Ah!—repuso Allehib—; pero es que si me decapitan, yo habré dicho una mentira al decir que moriré ahorcado, y, por consiguiente, no se me debe decapitar.

Al oír esto, el Sha se rascó la frente y miró a los ministros que le rodeaban; pero éstos volvieron la cabeza y se hicieron los distraídos.

Entonces el Sha dijo: —Oyeme, Allehib. Me parece que éste es uno de los problemas más intrincados, que solamente tú puedes resolver.

—Y yo lo resolveré, ciertamente, señor—respondió Allehib—. Pero para hacerlo necesito setenta y cinco años de meditación.



El Sha le concedió el plazo de setenta y cinco años, durante los cuales el Sha murió de un catarro, y Allehib de sabañones.

LOS TRES AVENTUREROS

CONTINUACIÓN



153



154

CAPITULO XIX

El grito de socorro de Polo fué oído por sus compañeros. Al ver el peligro que corría su camarada, Rafa y Boston quedaron un momento aterrados. Pero su natural valeroso reaccionó al instante, y sin pensarlo un segundo, Boston se arrojó al agua, llevando en sus manos una estaca como



155



156

y una enorme sangre fría, metió el brazo entre la boca del cocodrilo y puso la estaca de punta entre las dos mandíbulas. Al cerrarlas el monstruo, las puntas de la estaca se le clavaron, dejándole con la boca abierta y sin poder cerrarla. Boston, acto seguido, se sumergió, y Rafa, entonces, comprendiendo la hazaña del atleta, disparó rápido todos los tiros de la carabina



157



158

un nuevo ataque, se lanzó a por ella. Comieron entonces, y se disponían a descansar un rato cuando oyeron muy lejanos unos rumores como de voces y exclamaciones. Al oírlos, los tres amigos palidecieron. Aquellos ruidos que procedían de tan lejos, no podían ser otros que de los salvajes de la tribu.

que al comprobar la desaparición de sus prisioneros, navegaban río abajo en su busca.

Sin pensarlo un minuto más, los dos muchachos y el negro saltaron rápidamente a la canoa, y remaron aprisa, tratando de escapar.

Fin del capítulo XIX

EL SUPERHETERODINO



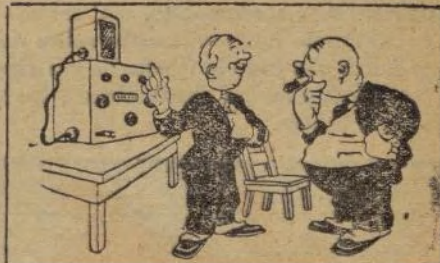
Don Balbino y don Torcuato pasan con la "radio" el rato.



"Gracias a mi inteligencia, le daré doble potencia."



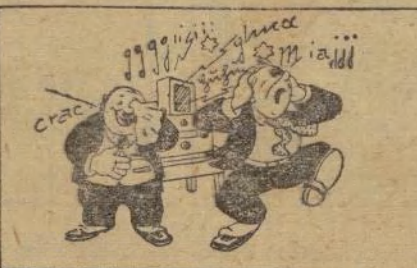
Quiere fabricar Balbino un superheterodino.



"Me darás la enhorabuena cuando oigas cómo suena."



Y en los primeros ensayos salen centellas y rayos.



"¡Gracioso es, Balbino, tu superheterodino!..."

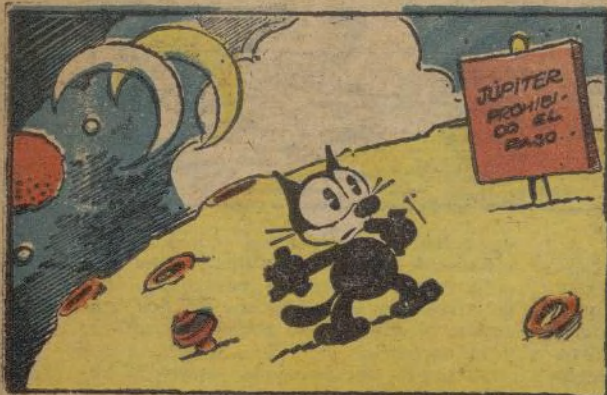


Por reírse don Torcuato, termina así el aparato.



Y así concluye la lucha del infeliz radioescucha.

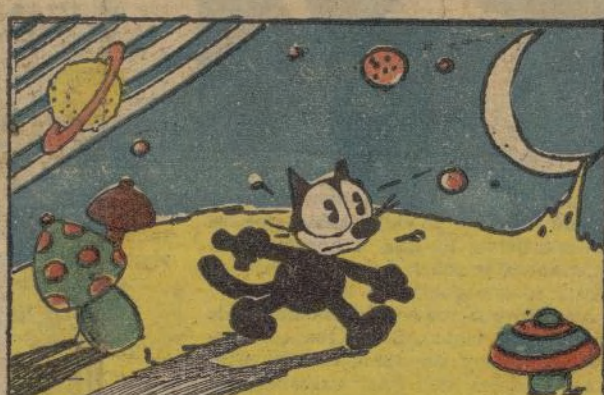
ANDANZAS DE GATO FELIX



Pronto se rehizo Félix del morrón con sangre, y cuando el "torrao" le funcionó normalmente, dió un vistazo a ver dónde se hallaba, y su asombro fú definitivo al comprobar que había ido a caer en el planeta Júpiter.



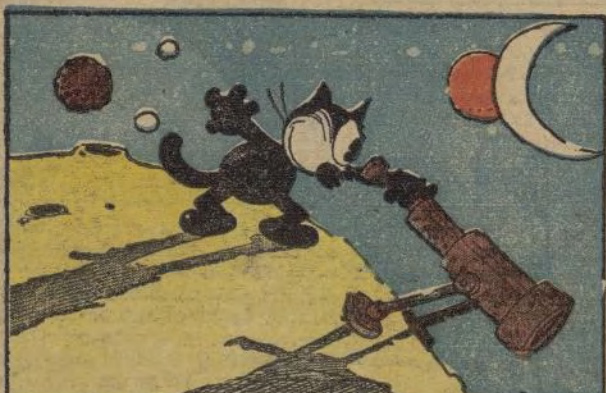
Valiéndose del rabito para sujetarse, el gato echó una visual hacia abajo, pero no consiguió ver nada, pues estaba a trescientos millones de kilómetros de la tierra, y no era cosa de dar un saltito como si se bajara de una silla.



Entonces, y mientras se le ocurría un medio para regresar a la tierra, decidió dar un paseito por aquel planeta, y comenzó a dar vueltas a la ventura, completamente tranquilo, pues no había "taxis", autobuses ni tranvías.



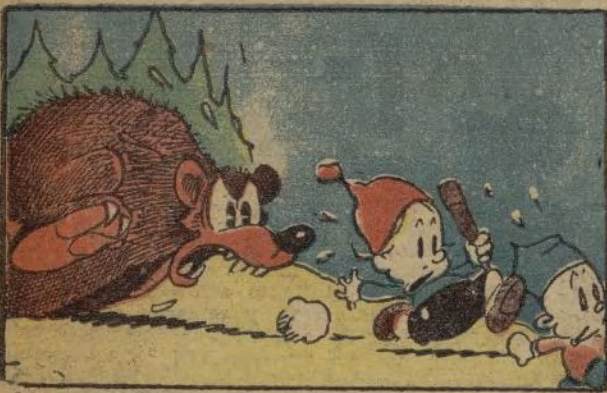
En su incesante caminar vino a dar con un ser extraño, que roncaba con la misma fuerza que un trimotor, y no tuvo que esforzarse mucho la "tapadera" para deducir que aquel tío de las barbas era el mismo Júpiter en persona.



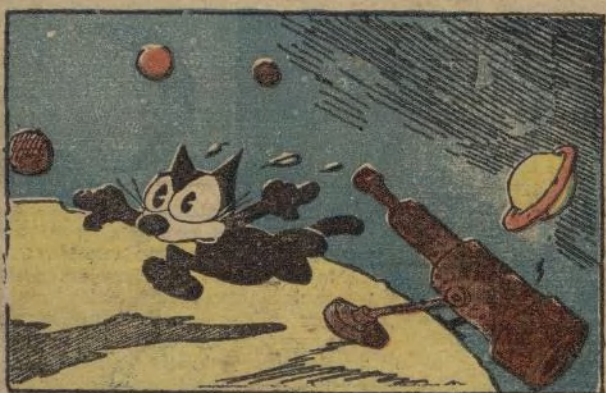
Satisfecho con el resultado de sus investigaciones, prosiguió su ruta, y descubrió un magnífico telescopio, que era sin duda el que Júpiter empleaba para co-tillar todo lo de la tierra, pues por lo visto era un curiosón.



Gracias a la potencia del telescopio, vislumbró bien pronto a sus queridos Bimbete y Pirulo, que iban escalando una montaña, para acercarse, sin duda, al gato de sus entretelas y ver de sacarle de aquel atolladero.



Y el pobre Félix, aterrorizado, vió, gracias al telescopio, cómo un oso feroz se lanzaba sobre sus amiguitos, que huían con toda la fuerza de sus sandalias y a gran velocidad, pues era cuesta abajo y les ayudaba el peso de la cabeza.



Félix se hizo cargo de la situación tan crítica de Pirulo y Bimbete, y se embolsó al palacio de Júpiter, dispuesto a pedirle socorro para sus amigos, a los que consideraba más perdidos que un niño en la Casa de Campo.



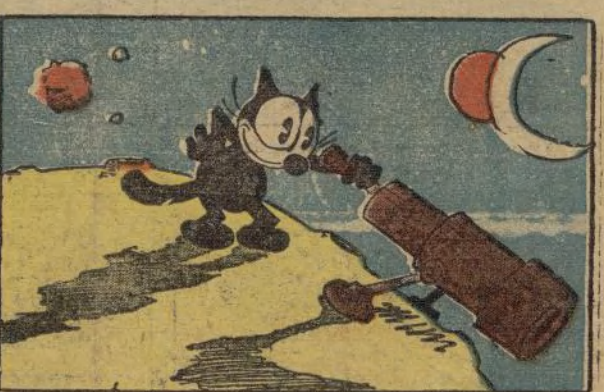
Pero no le hizo falta el auxilio del dios del Tiempo, pues acertó a pasar por el laboratorio de Júpiter, y en seguida se agarró al cañón que mandaba los rayos, y cargó en él una de las centellas más eléctricas que halló a mano.



Y apuntando en dirección del oso feroz, disparó el cañón de los rayos, y la centella, que estaba deseando salir, fué a estrellarse en la retaguardia del oso, que lanzó un berrido que era todo un poema de dolor y de angustia.



Y no contento con aquello, Félix continuó disparándole rayos y centellas igual que si mandara cartas por el correo interior. Bimbete y Pirulo vieron, asombrados, el suceso, sin acertar a explicarse quién podría haberles salvado.



Y Félix, ya tranquilo y sonriente, contempló con infinito cariño a Bimbete el cabezón y a Pirulo el cabezota, pensando también amargamente cuándo podría reunirse con aquellos queridos amiguitos.

(Continuará)